

DEL ESTADO DEGRADADO AL ESTADO FALLIDO

Víctor Meza

Por momentos, la situación actual del país crea la impresión de que estamos, como sociedad y como Estado, a punto de tocar el fondo. Pareciera que vamos llegando, en descenso incontrolado, a los límites de la podredumbre, a la resbaladiza orilla del abismo, al punto sin retorno de una degradación ética e institucional sin antecedentes en la historia reciente de Honduras. Es la desintegración moral de la sociedad y de su mal llamada clase política.

El desmesurado saqueo a que fueron sometidos los recursos financieros del Instituto Hondureño del Seguro Social, ha sacado a flote toda la porquería y suciedad que se esconde tras la corrupción administrativa que corroe a casi todas las instituciones del Estado hondureño. Ha quedado en evidencia la forma en que actúan las mafias sectoriales de la corrupción política, los mecanismos que utilizan para apropiarse de los fondos nacionales y convertir en privados los dineros y bienes que, por su naturaleza y origen, deben ser considerados como fondos públicos.

Pareciera, pues, que la corrupción ya no tiene límites y que sus protagonistas han perdido por completo la vergüenza y ahora airean en público todos los trapos sucios de sus trapacerías y fraudes. Muchos de los debates públicos en torno a estos temas se han convertido en escenarios propicios para una especie de “strep tease” ético de los señores de la corrupción, los artífices y beneficiarios de un sistema que cada vez se degrada más, acercando a la institucionalidad pública, ya debilitada en extremo, a una condición que se parece mucho a la de un Estado fallido.

La corrupción, como ya se sabe, suele ser comparada con una mesa o plataforma sostenida sobre cuatro columnas. La primera simboliza al corrupto, es decir al funcionario gubernamental que, valiéndose de su condición de autoridad, utiliza su cargo para apropiarse de los fondos públicos y, cambiándolos de bolsillo, convertirlos en privados. Pero la segunda columna, complemento inevitable de la primera, está representada por el corruptor, el ciudadano que ofrece la coima, el dinero o el bien necesario para comprar la voluntad siempre dispuesta del corrupto. El uno no existe sin el otro, y ambos forman la base del sistema de corrupción general. La tercera columna tiene que ver con el sistema de impunidad que prevalece en el país, ese clima de negligencia calculada que deja los delitos sin castigo y permite al delincuente el goce impune de los frutos de su conducta corrupta. Finalmente, la cuarta columna consiste en la tolerancia social, esa actitud indolente de la sociedad ante los corruptos y los corruptores, ese ambiente de indiferencia o de discreta simpatía hacia los protagonistas de la corrupción que padece el país.

Los cuatro factores – el corrupto, el corruptor, la impunidad y la tolerancia – conforman una unidad, una relación de estrecha complementariedad en la que cada elemento alimenta al otro y, todos juntos, se reproducen y multiplican, infestando con sus virus contaminantes todo el tejido social del país. Son el espacio propicio para que surjan y se consoliden las redes mafiosas que infiltran o controlan las instituciones públicas, succionando los escasos recursos del Estado y saqueando las siempre deficitarias finanzas públicas.

Pero estos cuatro factores tienen casi siempre el mismo denominador común: la politización partidaria de la institucionalidad pública, es decir esa nefasta costumbre de privilegiar la lealtad política del militante por encima de la idoneidad profesional del funcionario. Las personas son nombradas en los cargos en atención a su militancia partidaria, más que en base a su calificación profesional. Se premia el activismo, en desmedro evidente del mérito y el conocimiento.

La indebida politización partidaria de la administración pública conduce inevitablemente a la mayor vulnerabilidad de las instituciones, a su debilidad creciente, a su ineficiencia y, en último caso, a su corrupción interior. Mientras eso siga así, el Estado hondureño, hoy degradado y en crisis, se acercará cada vez más a la condición de fallido. No debemos permitirlo.